

## ¿ISLAMIZACIÓN DE EUROPA?

David Pryce-Jones (diciembre 2004)

Traducción de Jesús M. Sáez

Original en <http://www.benadorassociates.com/article/10235> [Recuperado 23 nov 2006]

[http://www.freeman.org/m\\_online/jan05/pryce-jones.php](http://www.freeman.org/m_online/jan05/pryce-jones.php) [25-marzo-2010]

HACE SÓLO unos pocos años, hubieran parecido fantasías de escritor de novelas policíacas atentados terroristas en Occidente en nombre del Islam, como los del 11 de septiembre. Nadie se hubiera imaginado que un atentado islamista pudiera cambiar unas elecciones generales de un país europeo<sup>1</sup>, que un cineasta holandés pudiera ser asesinado en la calle por una película sobre vejaciones a mujeres en el Islam, o que se pudiera ver en televisión la decapitación de rehenes occidentales por hombres gritando *¡Allahu Akbar!* cuando cometían las atrocidades. Pakistán ya tiene la bomba nuclear y esta arma es llamada por muchos la bomba islámica. A juzgar por sus declaraciones, los líderes islamistas de Irán están deseosos de perfeccionarla y utilizar sus frutos.

No está claro hoy en día si la ira religioso-ideológica, que es la fuerza causante de esos hechos, tiene límites, si puede conseguir todavía movilizar a ingentes masas musulmanas, o si puede ser desviada o destruida. Lo que está claro es que un fenómeno que al principio parecía una nube del tamaño de una mano se ha convertido en una crisis con implicaciones globales.

¿Corresponde esta crisis a un «choque de civilizaciones»? Mucha gente rechaza esta noción por demasiado general o completamente engañosa. Sin embargo, si se aplica a la situación de Irak o a la guerra contra el terror, la frase es apropiada en tanto que describe lo que sucede hoy en Europa. Como ha escrito Yves Charles Zarka, filósofo y observador francés: «está teniendo lugar en Francia una fase capital del encuentro más general y mutuamente conflictivo entre Occidente y el Islam, que sólo alguien completamente ciego o de extremada mala fe, o quizás de pasmosa candidez, podría dejar de reconocer». En opinión de Bassam Tibi, intelectual de origen sirio que vive en Alemania, los europeos se enfrentan a una cruda alternativa: «O el Islam se europeiza, o Europa se islamiza». Yendo más lejos, el destacado historiador Bernard

Lewis ha reconocido que el choque puede estar consumado a fines de este siglo cuando la misma Europa será musulmana, si continúan las tendencias demográficas actuales.

La situación actual se ha forjado durante un periodo de varios siglos. Durante la mayor parte de ese tiempo, por supuesto, el encuentro entre los musulmanes y Occidente fue favorable, militar y culturalmente, a éste último. Lo que no quiere decir que los europeos de épocas anteriores estuvieran ciegos al peligro planteado a la civilización occidental por un Islam renacido. Observador atento, Winston Churchill, escribió sobre el Islam –o el mahometismo, como entonces se llamaba– en *The River War* (1899):

No existe en el mundo una fuerza retrógrada más fuerte. Lejos de estar moribundo, el mahometismo es una fe militante y proselitista. Se ha extendido ya por África Central, produciendo a cada paso guerreros indómitos y, si no fuera porque la Cristianidad está protegida por las fuertes armas de la ciencia... la civilización de Europa moderna podría caer, como cayó la civilización de la antigua Roma.

Hilaire Belloc tuvo posteriormente premoniciones semejantes en *The Great Heresies* (1938):

¿No retornará, quizá, el poder temporal del Islam y con él la amenaza de un mundo armado mahometano que sacuda el dominio de los europeos – todavía nominalmente cristianos– y reaparecerá otra vez como el principal enemigo de nuestra civilización? ... Puesto que tenemos aquí una religión muy grande, paralizada físicamente, pero intensamente viva en lo moral, estamos en presencia de un equilibrio inestable.

Para estos primeros observadores, sin embargo, parecía que se podía contar con que la superioridad cultural y militar occidental prevalecería, al menos en un futuro predecible. (Belloc es más recordado por su pedantería: «tenemos el fusil Gatling y ellos no».) Y prevaleció

---

<sup>1</sup> Mr. Pryce-Jones da por sentado que los autores del 11-M son islamistas, lo que hoy, marzo de 2010, a la vista de las evidencias encontradas, resulta poco creíble.

durante una buena parte del siglo XX. En los últimos decenios, sin embargo, ha actuado otro proceso histórico alterando el cálculo de poder.

El islamismo contemporáneo podría ser descrito como el esfuerzo para rectificar y dar la vuelta a la antigua derrota del poderío musulmán a manos de la civilización europea (es decir, cristiana). Hacia esa meta ha caminado por dos vías de acción separadas: adoptando las formas del nacionalismo, que han parecido a muchos musulmanes que guardaba el secreto de la supremacía occidental, o promoviendo el mismo Islam como la única fuerza capaz de unir a los musulmanes en todas partes y, por ello, asegurando otra vez su poder y su dominación. En manos de los islamistas de hoy y con la complicidad de la misma Europa, estas dos posiciones han demostrado que se reforzaban recíprocamente.

En Europa, las guerras mundiales del siglo XX deshicieron y terminaron por desacreditar la idea de la nación-estado soberana, el motor de la superioridad y la confianza en sí continentales. En lugar de este arreglo político probado y comprobado, considerado de repente anticuado y no funcional, se pensó que instituciones como la Unión Europea y las Naciones Unidas ofrecerían un fundamento más firme para un nuevo orden mundial, que se basaría en normas legales universales y en el que el poder soberano sería superfluo. Ha sido el declive resultante de la nación-estado europea lo que ha ofrecido al islamismo una oportunidad única, basado él mismo en una comunidad mundial, transnacional, unida por la fe y la tradición desde su origen y que habitualmente no ha hecho distinciones entre el reino de la fe y el poder temporal.

Se han propagado muchos movimientos ideológicos y han vigorizado la proyección moderna del Islam transnacional. Quizá el más famoso ha sido la Hermandad Musulmana, fundada por Hasan al-Banna en Egipto en 1928, con ramificaciones hoy en unos 40 ó 50 países. Yaser Arafat y Ayman al-Zawahiri, lugarteniente de Osama ben Laden, entre otros, han sido formados por la Hermandad. Su impulso más reciente deriva del egipcio Sayyid Qutb, cuyos tres años de estancia en EE.UU., a finales de los 40 y principios de los 50, le convencieron de que Occidente y todo lo que representaba tenían que ser rechazados, mientras que el Islam ofrecía ya a todo musulmán un estado, una nación, una religión y una identidad, todo a la vez. Arabia Saudita se ha gastado miles de millones de petrodólares financiando a grupos, algunos de ellos terroristas, que defienden esta idea.

La revolución de 1979 liderada por el ayatolá Jomeini en Irán fue la primera prueba del nuevo equilibrio de fuerzas entre un Islam transnacional emergente y la nación-estado occidental en declive. Los países europeos, que parecían en el periodo posbélico haber perdido en buena medida la voluntad de responder a las agresiones internas, no ofrecieron oposición al régimen totalitario de Jomeini ni pusieron trabas a su expansión. Lo que dejó a Estados Unidos, todavía nación-estado, comprometido a defender su soberanía. Además, para los ayatolás y sus aliados, EE.UU. representaba la encarnación final del Gran Satán, idóneo para ser objeto una guerra santa.

Éste sigue siendo hoy el caso. Mientras tanto, sin embargo, una batalla de clase diferente pero no menos decisiva ha tenido lugar en Europa, donde se han asentado unos 20 millones de musulmanes. Gracias, por una parte, a su elevada natalidad y, por otra, a la natalidad inferior a la tasa de reemplazo, corriente para los europeos, los hechos demográficos no dejan de sugerir un continente maduro para un resuelto esfuerzo que haga avanzar el programa islamista.

Por su implicación global y sus intenciones agresivas, la ideología islamista tiene cierta similitud con otro sistema de creencias transnacional: el comunismo. Como los islamistas de hoy, los comunistas de épocas anteriores se contemplaban a sí mismos comprometidos en una lucha apocalíptica en la que cada miembro de un partido comunista se esperaba que se comportase como soldado de primera línea en todo lugar y en el que el terror se consideraba un medio lícito hacia la victoria en una guerra hasta el fin. Compárese las palabras de Stalin: «si el enemigo no se rinde debe ser exterminado», con el rechazo del líder de Hizbollah en el Líbano a negociar con Occidente o a solicitar concesiones porque «queremos exterminarlos». Para el jeque Omar Bakri Muhammad, sirio nacionalizado británico, que ha dirigido hasta hace poco un grupo llamado al-Muhayirun, los terroristas del 11 de septiembre eran «los Magníficos Diecinueve» —o, tal como lo comenta, la vanguardia de un ejército de «nuestros hermanos musulmanes del exterior [que] vendrán un día y conquistarán esto».

Durante la Guerra Fría, las democracias europeas amenazadas por el expansionismo soviético acogían a partidos comunistas, así como a una serie de organizaciones combativas expresamente dedicadas a la paz, la amistad y la cultura, pero en realidad manipuladas por los soviéticos. Además, mucha gente de todas las esferas se acomodaba al comunismo con diverso grado de intensi-

dad emocional y por variadas razones, tales como el deseo de estar en lo que suponían el bando ganador e inversamente el miedo a terminar en el bando perdedor.

Cada uno de estos factores, en forma convenientemente modificada, está presente hoy. La tropa de reclutas locales de que se abastecen los islamistas es muy grande. De los 20 millones de musulmanes de Europa, se estima que 5 o 6 viven solo en Francia, al menos 3 millones en Alemania, 2 en Gran Bretaña, 1 millón en Holanda y otro en Italia, medio millón en España y otro medio en Austria.

Es verdad que la mayoría de los inmigrantes musulmanes de Europa vienen con la esperanza de una vida mejor y que para ellos esa esperanza es más importante que los recelos que pudieran tener por vivir en una sociedad gobernada por no musulmanes —algo históricamente prohibido en el Islam. Además, muchos se han asimilado con mayor o menor esfuerzo e, igual que otras minorías, se han integrado como musulmanes-británicos, —franceses, —italianos y demás. La vida religiosa florece: si hace medio siglo había un puñado de mezquitas en Europa, cada uno de los países importantes tiene más de mil, y Francia y Alemania tienen cada una entre cinco y seis mil. Los grupos de presión, *lobbies* y grupos de ayuda musulmanes funcionan eficazmente por todas partes; sólo en Gran Bretaña hay 350 grupos musulmanes de una clase u otra.

Entre estas variadas organizaciones, sin embargo, muchas funcionan como frentes islamistas. Inspirados por Arabia Saudita o el Irán jomeinista, por la Hermandad Musulmana o al-Qaeda, trabajan para minar la democracia de cualquier modo posible, igual que lo hicieron las organizaciones frentistas soviéticas. Inducen a los inmigrantes a rechazar el proceso y la idea misma de integración, incitándoles como cuestión de religión e identidad a asumir una actitud de oposición a las sociedades en las que viven. Las cuestiones de interés islámico han sido hábilmente agrandadas y convertidas en escándalos para fomentar la animosidad de todas las partes y así demorar o impedir la integración en la corriente principal de la vida europea.

La famosa *fatwa* de 1989, que condenaba a muerte al novelista Salman Rushdie por ejercer como ciudadano británico el derecho a la libertad de palabra, fue un primer ejemplo de esta táctica de perturbación y agitación. Otro ejemplo más ha sido el intento en Gran Bretaña de erigir un «parlamento» musulmán que reconociera sólo la legalidad de la ley islámica (*chariá*), y no las

leyes del país. Otro también ha sido la insistencia, en Francia, de que las jóvenes lleven el *hichab* en las escuelas públicas, uso que atenta claramente contra los ideales del republicanismo francés y que no es un mandamiento islámico. Los planteamientos tácticos después de estas provocaciones fueron perfectamente expresados por un líder de al-Qaeda que, llamando a los musulmanes británicos a «poner a Occidente de rodillas», añadió que ellos, «los nativos y no los extranjeros», tienen ventaja ya que comprenden «la lengua, la cultura, el país y los usos comunes del enemigo con quien coexisten».

Otro fenómeno familiar desde la época soviética ha reaparecido últimamente en Occidente, y es la adaptación, o «compañerismo de viaje», entre los no musulmanes. Los «compañeros de viaje» izquierdistas ayudaron antaño a producir un clima de opinión favorable al comunismo. Muchos sabían exactamente lo que estaban haciendo. Otros solamente tenían buenas intenciones; eran lo que Lenin llamó «tontos útiles». De igual manera, los «compañeros de viaje» islamistas y los tontos útiles están creando actualmente un clima de opinión que impulsa los fines del Islam radical y daña profundamente las esperanzas de reconciliación.

Como en los años 30 y durante la Guerra Fría, los intelectuales y los periodistas están a la cabeza. Fluyen libros desde las imprentas para justificar todo lo que los musulmanes han hecho en el pasado y están haciendo actualmente. Igual que las agresiones soviéticas fueron llamadas actos de autodefensa contra el belicoso Occidente, hoy los terroristas de al-Qaeda, o los terroristas chechenos que mataron los niños de Beslan, son llamados en los medios de comunicación militantes, activistas, separatistas, grupos armados, guerrilleros —en resumen, todo menos terroristas. Docenas de apologistas pretenden que no hay conexión entre el Islam y los que practican el terror en su nombre, o sugieren que los líderes occidentales no son mejores e incluso que son peores que los asesinos islamistas. Así Karen Armstrong, conocida historiadora de la religión, escribe: «Es muy difícil a veces distinguir entre Mr. Bush y Mr. Ben Laden».

Una forma de «compañerismo de viaje» islamista se disfraza como una llamada a la «tolerancia», o la «diversidad», y ha penetrado directamente en el mundo de la opinión europea y de las instituciones europeas. El historiador comunista británico Christopher Hill terminó una vez un libro sobre Lenin con un reverente recital de los epítetos que el partido había inventado para glorificarlo. Los musulmanes devotos terminan la men-

ción del Profeta Muhammad con la invocación: «la paz sea con él». Esta costumbre se acaba de deslizar en una biografía del Profeta compuesta por un escritor británico aparentemente no musulmán. Para estimular a tales actos de deferencia, ha habido un esfuerzo complementario para sofocar las opiniones contrarias o no tan completamente respetuosas. Cuando el conocido novelista francés Michel Houellebecq dijo que el Islam era odioso, estúpido y peligroso, las organizaciones musulmanas y la Liga por los Derechos del Hombre lo llevaron a juicio, igual que fue demandada la escritora italiana Oriana Fallaci por un libro que vinculaba los ataques del 11 de septiembre con las enseñanzas del Islam. Aunque ambos ganaron sus juicios, el efecto intimidatorio fue evidente.

Las instituciones que han sido afectadas por la corrección islamófila son incontables. En Gran Bretaña, un juez ha prohibido a los hindúes y a los judíos formar parte de un jurado si se juzga a un musulmán. La Comisión Británica para la Igualdad Racial ha establecido que las empresas faciliten salas de oración para musulmanes y remuneren su ausencia en las fiestas religiosas. En una ciudad de Midlands, se rechazó una propuesta para renovar una estatua centenaria de un cerdo por temor de ofender a los musulmanes. El British Council, organización internacional para las relaciones culturales, despidió a un directivo que publicó artículos en el *Sunday Telegraph* demostrando que las raíces del terror y la yihad se nutrían en el suelo del Islam, mientras que la BBC canceló el contrato de un popular periodista de televisión porque supuestamente utilizaba un lenguaje negativo para describir la contribución islamo-árabe a la humanidad.

La colectividad mercantil se ha apresurado a acomodarse a las sensibilidades musulmanas reales o imaginadas: un banco británico presume de que cumplirá las prohibiciones de la *charia* sobre el dinero, y el estado alemán de Sajonia-Anhalt se ha convertido en la primera institución europea en emitir un *sukuk*, o bono islámico. La colectividad religiosa no va a la zaga: mientras Ben Laden habla de arrebatarse España («al-Andalus») a los infieles por la violencia, la catedral de Santiago se ha planteado quitar la estatua de *Santiago Matamoros* [en español el original], por si ofendía a los musulmanes. Por la misma razón, el cabildo sevillano ha quitado al rey Fernando III, hasta ahora el santo patrón de la ciudad, de las fiestas porque combatió a los moros durante 27 años. En Italia, donde los islamistas han amenazado con destruir la catedral de Bolonia por un fresco que representaba al Profeta Muhammad en el infierno (donde Dante lo colocó), se

ha pensado en suprimir la obra de arte de las paredes. Incluso el Papa ha pedido disculpas por las Cruzadas. En la secularizada Dinamarca, el Corán (y no la Biblia) es lectura obligatoria para los estudiantes de secundaria. Y así sucesivamente.

La distancia a la que los apologistas del Islam están dispuestos a ir está bien ilustrada por el caso de Tariq Ramadan, profesor de estudios islámicos en la Universidad de Friburgo en Suiza y escritor y conferenciante popular. Como es sabido, la universidad americana *Notre Dame* ofreció recientemente a Ramadan un contrato, pero las autoridades de inmigración norteamericanas hasta el momento han rechazado su solicitud de visado; lo que ha producido algunos clásicos ejemplos de prejuicios de «compañerismo de viaje» tanto a norteamericanos como europeos ofendidos por este motivo. Una carta al *Washington Post*, protestando por el trato a Ramadan, quiso explicar su supuesto mensaje a los musulmanes occidentales: «Deben encontrar valores comunes y edificar con los conciudadanos una sociedad basada en la diversidad y en la igualdad».

No es suficiente. Lo que Tariq Ramadan ha propuesto realmente en sus escritos y enseñanzas es que los musulmanes de Occidente deberían actuar no como ciudadanos integrados que buscan vivir con «valores comunes», sino como si estuvieran ya en una sociedad de mayoría musulmana exentos por tanto de tener que hacer concesiones a la religión de los otros. Lo que Ramadan defiende es una especie de imperialismo al revés. En su opinión, los musulmanes en los países no musulmanes deben sentirse autorizados a vivir con sus propias normas –mientras con las normas de tolerancia liberal occidental, la sociedad en conjunto debería sentirse obligada a respetar esa elección.

Ramadan resulta ser nieto de Hasan al-Banna, fundador de la Hermandad Musulmana, pero es también un escritor circunspecto. De hecho, suya es una expresión relativamente «moderada» y matizada de imperialismo islámico al revés. Más claramente, y con una amenaza implícita de violencia, Dyab Abu Jahjah, libanés establecido en Amberes, ha denunciado el ideal occidental de asimilación como «violación cultural», y pretende llevar a todos los musulmanes de Europa a una sola comunidad independiente. Él también, no hace falta decirlo, tiene sus defensores y apologistas entre los progresistas europeos.

O considerar la acogida europea a Yusuf al-Qaradawi, heredero de Sayyid Qutb como autoridad religiosa de la Hermandad Musulmana. Buscado por terrorismo en su

Egipto natal, ahora al-Qaradawi vive en Qatar. Como Tariq Ramadan en Suiza, repite que los musulmanes deben apartarse de la democracia liberal profesada en Occidente a la vez que se aprovechen de sus beneficios y ventajas. Pero va mucho más lejos. A diferencia de Ramadan, admite que se golpee a la esposa en la forma fijada por el Corán; respecto a los homosexuales, no sabe si debería arrojárseles de un acantilado o ser azotados hasta morir. Este año, en una ceremonia oficial en el City Hall de Londres, al-Qaradawi fue agasajado como «intelectual islámico muy respetado» por el alcalde de Londres, Ken Livingstone. «Eres muy, muy bienvenido», le obsequió Livingstone, veterano defensor entusiasta del orgullo gay.

También apareció este año en Londres el jeque Abdul Rahman al-Sudayyis, un veterano imam de la Gran Mezquita de La Meca; entre sus múltiples distinciones, al-Sudayyis ha injuriado a los judíos como «la hez de la raza humana, las ratas del mundo, violadores de los pactos y acuerdos, asesinos de los profetas y descendencia de los monos y cerdos». Junto a *este* apóstol de «la diversidad y la igualdad» aparecía un joven ministro del gobierno de Blair.

La Islamic Foundation, uno de los numerosos grupos musulmanes de Gran Bretaña, tiene un retoño llamado Markfield Institute. En julio, el *Times* de Londres relacionó la fundación y el instituto con el terrorismo. Protestó un lector ofendido con nombre inglés: «Espero que Markfield... será autorizado a ayudar a los musulmanes a practicar su fe en paz y respetuosamente, en una Gran Bretaña multicultural». Otro lector, un canónigo anglicano de la diócesis de Leicester (ciudad actualmente con mayoría musulmana), afirmó que el instituto sólo estaba tratando de enseñar a los imanes y a los jóvenes musulmanes a desenvolverse en las instituciones británicas.

Con el mismo espíritu y con el mismo vocabulario, la «compañera de viaje» Beatrice Webb solía exponer las virtudes trascendentes del modelo social soviético. Afirmaciones de esta especie, cándidas, falsas y peligrosas, son ahora comunes y corrientes.

En el reino del Islam clásico, cristianos y judíos vivieron antiguamente como *dimmis* —es decir, minorías con derechos de segunda clase, tolerados pero discriminados por la ley y en la práctica. Muchos musulmanes contemporáneos parecen idealizar esta pérdida supremacía sobre otros hombres y aspiran a reconstruirla. Una manera de trabajar en pro de este fin es por la violencia y el terror. Otra, al modo de Tariq Ramadan y Yusuf al-

Qaradawi, con la palabra. De un modo y otro, el proyecto está adelantando. Resumiendo los logros colectivos hasta el momento, Bat Ye'or, historiadora de la *«dimmitud»*, ha escrito que «Europa ha evolucionado de civilización judeo-cristiana con importantes elementos post-ilustrados y seculares a... sociedad intermedia musulmana secularizada con sus costumbres judeo-cristianas en trance de rápida desaparición». Llama a esta entidad en vías de transformación «Eurabia».

Si este es el caso, o está llegando a ser el caso, ¿puede asombrar que algunos europeos estén cambiando de bando, para estar en el bando ganador? El puro impulso y la confianza cultural mostrada por los portavoces islamistas pueden tener algo que ver con el hecho de que cada año miles de personas en toda Europa se convierten al Islam. Alguno de estos conversos, desde Gran Bretaña, Francia y Alemania, pasando directamente de las palabras a la acción, han llegado a jugar un papel exagerado en el terrorismo y la militancia islamista. Efectivamente, en una concentración organizada en Londres el año pasado por un retoño radical de la Hermandad Musulmana, una elevada proporción de manifestantes visiblemente no procedían de Oriente Medio. En un juicio reciente en El Cairo en que tres ciudadanos británicos fueron condenados a prisión por subversión e intento de terrorismo, dos eran ingleses nativos con nombres ingleses. Fueron sacados de la sala lanzando gritos desafiantes contra Occidente.

Hay ciertamente musulmanes en Europa que ven con horror lo que se está haciendo en su nombre, y que desean no tener nada que ver con la idea de que están autorizados a vivir en Occidente como conquistadores. Por razones completamente obvias pocos de ellos tienen valor para decirlo públicamente. Uno de los poquísimos escribió recientemente una carta al *Times* londinense, dando su nombre y dirección, y diciendo que describe a su comunidad como la gente con quien trata de relacionarse. Continuó: «no todos nosotros suscribimos la misma forma de ser musulmanes, ni llevamos nuestras creencias a la esfera cívica y política». Pero siguió: «tristemente el público no siempre conoce nuestro punto de vista, porque los únicos musulmanes consultados son los que quieren llevar al Islam a la esfera política».

No se podría pedir un rechazo más claro no sólo de todos los propagandistas tipo Hermandad Musulmana sino, con mayor rigor aun, de la actitud condescendiente e indulgente adoptada hacia ellos por las instituciones europeas. Aquellos que, en Europa, se han esforzado

mucho o poco para extender privilegios especiales a los musulmanes mientras denigran sutilmente su propia identidad nacional y su cultura, han ayudado a abrir el camino al separatismo y a la agitación islámicos. Por tanto, han acelerado ese choque de civilizaciones que ellos (o algunos de ellos) neciamente suponen estar evitando. Si Bassam Tibi está en lo cierto al afirmar que «o el Islam se europeíza o Europa se islamiza», hay poderosas fuerzas trabajando para excluir la cuestión.

*David Pryce-Jones, investigador político británico, es editor veterano de National Review y autor, entre otros, de libros como The Closed Circle y The Strange Death of the Soviet Empire. Una versión anterior del presente ensayo fue distribuida en una conferencia en la Universidad de Boston, en octubre.*